

Amos Oz

No digas Noche

Traducción del hebreo de
Marta Lapidés, Sonia de Pedro
y Raquel García Lozano

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

A las siete de la tarde se sienta en la terraza de su apartamento del tercer piso; observa la caída de la tarde y espera. ¿Qué promete la última luz y qué podrá cumplir?

Ante él hay un patio vacío con una parcela de césped, adelfas, un banco y una descuidada enramada de buganvillas. El patio acaba en un muro de piedra en el que se puede distinguir el contorno de una entrada cegada con hileras de piedra más nuevas, más claras; le parece que incluso deben de pesar menos que las otras. Detrás de la tapia se alzan dos cipreses, que ahora, a la luz del ocaso, son negros en lugar de verdes. Más allá se extienden montes despoblados: es el desierto. Allí, a veces, se levanta un remolino gris que da vueltas por un instante, después se inclina, cae, se calma. Y aparece en otro lugar.

El cielo se oscurece. Entre las nubes serenas hay una que refleja la tenue luz del ocaso. El sol no se pone exactamente donde está esta terraza. Un pájaro tiembla sobre el muro de piedra que cierra el patio, como si en ese momento hubiera descubierto algo insoportable. ¿Y tú?

Cae la noche. En el pueblo se encienden las farolas y las ventanas de las casas se alternan con la oscuridad. El viento arrecia y con él llega un olor a fogatas y polvo. La luz de la luna extiende una máscara de muerte sobre los montes cercanos, como si ya no fueran montes, sino sonidos graves. Para él, este lugar es el fin del mundo. Él no está mal en el

fin del mundo: ya ha hecho lo que ha podido y, a partir de ahora, espera.

Con esta sensación se va de la terraza, entra, se sienta y coloca los pies descalzos sobre la mesa del salón con las pesadas manos a los lados del sillón como atraídas por el frío del suelo. No enciende el televisor ni la luz. Los neumáticos de un automóvil chirrían en la calle. Los perros le ladran al pasar. Alguien toca la flauta, no una melodía completa, sino simples escalas que se van repitiendo sin ningún cambio aparente. Esos sonidos le agradan. En las entrañas del edificio, el ascensor pasa por su planta sin detenerse. En la radio de los vecinos, una locutora habla, por lo visto en otro idioma, aunque ahora tampoco está seguro de eso. Una voz de hombre afirma, desde las escaleras: No, eso es imposible. Otro le responde: Pues no. No te vayas. Ya pasará.

Cuando cesa un momento el ruido del frigorífico, se oyen los grillos del wadi, como punteando el silencio. Entra una brisa suave, mueve ligeramente las cortinas, roza las páginas de un periódico del estante, respira por toda la habitación, agita unas hojas en la maceta, sale por la otra ventana y vuelve al desierto. Se abraza los hombros por un instante. Ese placer le recuerda el sabor de una tarde de verano en una ciudad de verdad, quizás Copenhague, donde una vez se quedó dos días. Allí la noche no se abalanza, sino que va tanteando quedamente. El velo del crepúsculo duraba tres o cuatro horas y parecía como si la tarde quisiera tocar el alba. Tañían varias campanas y una de ellas sonaba ronca, como la tos. Una llovizna suave unía el cielo con el embalse y los canales. Un tranvía iluminado pasó bajo la lluvia, vacío, y le pareció ver a una joven vendedora de billetes hablando con el conductor, tocándole la mano, y pasó de largo, y de nuevo la fina lluvia, como si la luz vespertina no la traspasara, sino que surgiera de ella. Las gotas se encontraban con una fuente en una plaza cercana. Allí el agua tranquila está iluminada desde dentro durante toda la noche. Un borracho andrajoso, ya no tan joven, dormitaba sentado en la barandilla, su cabeza cubierta de mechaz canosas se hundía

profundamente en su pecho; tenía los pies calzados pero sin calcetines, sumergidos en el agua de la fuente. No se movía.
¿Qué hora es ahora?

Se agacha para ver el reloj en la oscuridad; mira las manecillas fosforescentes, pero olvida la pregunta. Quizás es así como comienza el lento descenso del dolor a la tristeza. Nuevamente ladran los perros, esta vez desahogados, iracundos, ladran en los patios y en los solares vacíos, ladran también desde el wadi y aún más lejos, desde la lejana oscuridad, desde las colinas, perros pastores de beduinos, perros abandonados, tal vez huelen un zorro; ahora un ladrido se torna en gemido y otro le contesta punzante, desesperado, como si estuviera irremediablemente perdido. Es el desierto en una noche de verano. Antiguo. Indolente. Vítreo. Ni vivo ni muerto. Presente.

Observa los montes desde dentro, a través de la puerta de cristal de la terraza y por encima del muro de piedra que hay al fondo del patio. Se siente agradecido y no sabe por qué, pero da las gracias a los montes. Tiene sesenta años, es robusto, y su cara ancha de campesino, un poco tosca y desgastada, muestra una expresión de desconfianza o duda y un aire de astucia oculta. Tiene el pelo canoso cortado casi al cero y un bigote grisáceo, poderoso. Cuando está en una habitación, en la que sea, los demás creen que ocupa un espacio mayor del que realmente llena su cuerpo. Su ojo izquierdo casi siempre está semicerrado, no como si lo estuviese guiñando, sino como si observara atentamente un insecto o un objeto minúsculo. Despierto y laso, se sienta en el sillón como si acabara de despertarse de un profundo sueño. Los lazos apacibles que unen el desierto con la oscuridad le parecen razonables. Otras personas dedican esta noche a divertirse, a los quehaceres, al arrepentimiento. Por su parte, él admite gustoso este momento, que no es vacío según su opinión. El desierto le parece por ahora aceptable y la luz de la luna, justificada. Por la ventana de enfrente asoman tres o cuatro estrellas nítidas por encima de los montes. Dice en voz baja: Se puede respirar.

Sólo consigo respirar un poco por la tarde, cuando afloja el calor. Ya ha terminado otro día de locos. Siempre corriendo detrás del tiempo. Desde las ocho de la mañana hasta las dos menos cuarto en el instituto, dos horas de literatura general, dos horas para preparar los exámenes de bachillerato y otra hora dedicada a los alumnos inmigrantes de Rusia, a quienes, por supuesto, no les interesa el destierro de la Divinidad. Una chica bellísima que se llama Ina o Nina dijo en clase, refiriéndose a Bialik: Sus palabras son bíblicas, el sentimiento lo tomó de Lérmontov, es una poesía anacrónica. Recitó dos versos en ruso, quizás para demostrarme sus preferencias líricas. La hice callar, a pesar de que yo también estaba un poco harta y tuve que hacer un esfuerzo para no decirle que, por mí, esa Divinidad desterrada podía quedarse donde estaba.

En mi hora libre, a partir de las once y cuarto, me senté a preparar la clase siguiente junto al aparato de aire acondicionado de la sala de lectura, pero súbitamente me llamaron al cuarto del vicedirector para tratar el caso de una profesora joven a la que una veterana había ofendido. Estuve parcialmente de acuerdo con las dos y sugerí que se perdonaran y lo olvidaran. Es increíble cómo esta clase de banalidades, especialmente el término «perdonar», si se menciona en el momento adecuado y mostrando afecto hacia ambas partes, consigue hacer derramar lágrimas y llegar a una tregua. Al-

go tan insignificante tiene el poder de calmar al perjudicado, posiblemente porque lo que le angustiaba era insignificante.

En lugar de almorzar me comí un falafel por la calle, para llegar a tiempo a la reunión de las dos y cuarto en la secretaría del sindicato. Íbamos a impulsar la idea de la residencia. La plaza del semáforo estaba desierta y abrasada. En medio de un arriate seco de romero había un inmigrante regordete, mayor, con gafas y una gorra de lana negra; estaba apoyado en una azada sin moverse, como si se hubiera desmayado de pie. Por encima de él, el propio sol parecía haberse desmayado en el aire turbio y abrasador. A las cuatro, con una hora de retraso, llegó de Tel Aviv el abogado de Abraham Orvieto; un muchacho llamado Ron Arbel, niño tierno y mimado cuya madre le había hecho disfrazarse de ejecutivo. Nos reunimos con él en la cafetería California y nos dio una confusa explicación acerca del aspecto económico. A las cinco menos cuarto lo llevé a conocer al tesorero del ayuntamiento; el sudor era ya pegajoso y las axilas desprendían un olor agrio, como las extranjeras; de ahí fuimos al despacho de Muki, que me había prometido un memorándum que no tenía listo, y en vez de eso estuvo media hora hablando de sí mismo y de lo que este gobierno no entiende. Llevaba una llamativa camiseta del nuevo conjunto de rock Devil's Tear. Después, al centro pedagógico y a la farmacia junto al semáforo, y aún me dio tiempo a pasar por el supermercado algo menos de un cuarto de hora antes de que cerraran, sacar dinero del cajero y recoger la plancha del taller de reparaciones. Llegué a casa de noche, muerta de calor y cansancio, y me lo encontré sentado en un sillón de la sala, a oscuras y en silencio. Otra vez la total inactividad, para recordarme que mi actividad implica su soledad. Este ritual tiene unas normas más o menos fijas: yo, en principio, soy la culpable de que entre nosotros haya una diferencia de quince años. Él, en principio, me disculpa porque es un hombre considerado.

Preparó la cena solo: Tú estás cansada, Noa. Siéntate, mira las noticias. Hizo una tortilla con cebolla, preparó una

ensalada geométrica, cortó pan integral y lo sirvió sobre una bandeja de madera con quesos y rabanitos cortados en forma de capullos de rosas. Esperaba mi reconocimiento, como si fuera el conde Tolstói que nuevamente se dignaba a encender, con sus propias manos, el horno de la cabaña de los sirvientes.

Después del telediario puso a calentar agua, sirvió una infusión para los dos, acomodó un cojín debajo de mi cabeza y otro a mis pies, y puso un disco. Schubert. La muerte y la doncella. Pero cuando cogí el teléfono y marqué el número de Muki Peleg para preguntarle si el memorándum ya estaba mecanografiado, el de Ludmir, y después el de Linda para preguntarle algo con respecto al trámite de la licencia, se acabó su generosidad y se levantó a recoger y fregar los platos, se metió en su habitación y cerró la puerta, como si yo fuese a perseguirlo hasta allí. Si no hubiese sido por esa exhibición, quizás me hubiese duchado y hubiese ido a contarle lo que había pasado y a pedirle consejo aunque, en realidad, no estoy muy segura. Es difícil cuando él habla y sabe exactamente cuáles son los errores de nuestro proyecto, y qué es lo que de ninguna manera debí haberle dicho a determinada persona; y es todavía más difícil cuando se queda callado y me escucha tratando de no perder el hilo, como un tío paciente que ha decidido dedicar unos minutos preciosos a oír de boca de la niña por qué se ha asustado su muñeca.

A las diez y cuarto, después de ducharme con agua fría y caliente y de caer exhausta sobre la cama intentando concentrarme un poco en un libro acerca de las características de la drogodependencia, se filtró, desde su habitación, la emisión de la BBC internacional. Últimamente, igual que Menahem Begin en sus años de reclusión, se enchufa todas las noches a las transmisiones de Londres. ¿Esperará alguna información que aquí nos están ocultando? ¿Buscará otros significados? ¿O hablará consigo mismo a través de ellas? Tal vez sólo intenta dormirse. Su insomnio se introduce en mi descanso y apaga los pocos sueños que yo podría tener.

Era tarde, estaba aturdida por el cansancio, ya me ha-

bía alejado de las gafas para leer, la luz y el libro, y, como por debajo del agua, aún lo sentí andando descalzo por el pasillo, sin duda de puntillas para no molestar, abriendo la puerta de la nevera y el grifo, apagando las luces por orden y cerrando la puerta con llave. Ese silencioso ir y venir nocturno lleva años produciéndome una sensación de temor a que un intruso se haya metido en el apartamento. Después de medianoche me pareció que llamaba a mi puerta y desde la profundidad del cansancio me vi sometida a su tristeza; casi dije que sí, pero ya se había alejado de puntillas por el pasillo y quizás había salido a la terraza sin encender la luz. En esas noches de verano la terraza le viene bien. O no hubo nada, los pasos, la mano en la puerta, su aflicción que traspasa las paredes, todo es confuso porque probablemente ya estaba dormida. Hoy he tenido un día muy duro y mañana, después del instituto, tengo otra reunión con Muki Peleg y quizás tenga que ir a Beer Sheva, a ver si finalmente concluyo el tema de la licencia. Tengo que dormir para estar más lúcida que hoy. Mañana también será un día difícil. Y el calor. Y el tiempo que pasa.